

Veinte años del Concilio

Cuando planificábamos los números monográficos de este año nos vino a la memoria que el 11 de octubre de 1962 dio comienzo el Concilio Ecuménico Vaticano II. Nos pareció que el vigésimo aniversario de su inicio nos ofrecía la oportunidad de presentar a nuestros lectores, desde la perspectiva transcurrida, un balance no sólo de sus líneas de fuerza sino del ritmo que lleva su aplicación y de lo que nos queda por recorrer. Estamos convencidos de la importancia histórica del Concilio, y por eso los materiales que presentamos quisieran ser un estímulo para que los cristianos venezolanos lo conozcamos más profundamente y para que, para mayor servicio de nuestro pueblo, lo vayamos haciendo carne propia y encarnación estructural.

Animados con este propósito, recibimos posteriormente con alegría el encargo que insistentemente dirigió el Papa a los jesuitas. Haciendo uso del vínculo especial que nos liga a él para encomendarnos misiones, nos pide "ayudar al Papa y al Colegio Apostólico a hacer avanzar a toda la Iglesia por el magnífico camino trazado por el Concilio." Así pues atendemos en este número conjuntamente al encargo del Papa y a nuestros propios deseos. Y lo hacemos porque estamos convencidos de que el Concilio es un camino abierto para avanzar. Ya que se reunió "a fin de abrir a la Iglesia nuevos derroteros" (Pablo VI).

EL CONCILIO COMO NOVEDAD

Hoy, 20 años después de su inicio, como cristianos venezolanos, nos preguntamos: ¿Hasta qué punto hemos captado el grado de novedad que supone el Concilio? Es indudable que entre nosotros existen en este punto percepciones diversas. Juan XXIII lo concibió nada menos que como "el nuevo Pentecostés", una irrupción impetuosa del Espíritu en la Iglesia con la finalidad de que "reflorezca con vigor nuevo y juvenil". El Espíritu impulsó a la Iglesia en concilio a "una nueva Reforma" (Pablo VI), que no significa una ruptura sino despojarse "de toda manifestación caduca y defectuosa" para que resplandezca en ella el amor de Cristo que nos impulsa a tender "un puente al mundo contemporáneo". La necesidad de tender este puente viene "determinada por las distancias ocurridas en los últimos siglos, en el siglo pasado y en éste particularmente, entre la Iglesia y la civilización profana" (Pablo VI). La Iglesia en concilio, antes que en los errores, prefirió fijarse en las necesidades humanas y, guiada por el sentimiento de simpatía y solidaridad, buscó responsabilizarse del mundo. Sintió, como Jesús, compasión de las multitudes y en vez de condenar y mandar prefirió servir y liberar y entregarse como su Maestro "por la vida del mundo". Este sería el contenido de "la finalidad pastoral" del Concilio en la que tanto insisten ambos pontífices.

No es tan claro que expresiones como "nuevo Pentecostés", "nueva Reforma" o "nuevos derroteros" sirvan para caracterizar los sentimientos de muchos cristianos venezolanos o la comprensión que tenemos del estado de nuestra Iglesia y de las tareas que le incumben. ¿Podemos afirmar nosotros, como lo hiciera Pablo VI, que en nuestro país, "también nosotros -y más que nadie- somos promotores del hombre?"

Para algunos basta la adhesión a las enseñanzas de la Iglesia "transmitidas con la precisión de términos y conceptos que es gloria particularmente de los Concilios de Trento y del Vaticano I"; para ellos se trataría de repetir las con mayor difusión porque no perciben que "el espíritu cristiano, católico y apostólico de todos espera que se dé un paso adelante... en conformidad con los métodos de investigación y con la expresión literaria que exigen los métodos actuales" (Juan XXIII). No perciben sobre todo la brecha existente aún entre la Iglesia y diversos ámbitos de la vida y la sociedad, ni sienten la urgencia de tender un puente para llenar la finalidad pastoral de la Iglesia que consiste en llegar a ser alma vivificadora del mundo, "especialista en humanidad" (Pablo VI), y no sacerdotes y levitas que, ocupados en el templo, damos un rodeo y pasamos de largo ante las necesidades del pueblo.

CONCEPCION DEL CRISTIANISMO E IMPLANTACION DE LA IGLESIA EN VENEZUELA

Hay aquí un problema teológico, ya que si concebimos que el cristianismo gira alrededor del altar ¿a qué viene esa insistencia del Concilio en "vivir preocupados por el hombre mismo" (AG. 12)? En esa concepción es más importante el templo que el hombre ya que el hombre en el templo alcanza la vida y la salvación. Pero si "la religión de nuestro Concilio ha sido principalmente la caridad" (Pablo VI) y la caridad se realiza en la vida, y los sacramentos son los sacramentos de la vida, la correlación se invierte, ya que sólo puede celebrarse lo que se vive y lo demás "no es la Cena del Señor" (1Cor. 11,20).

De esa concepción sacral viene la distinción en la Iglesia entre los santificadores (el clero) y los santificados (los fieles) y la reducción práctica de la Iglesia a los primeros. Pero si la salvación se

realiza al buscar el Reino de Dios, al construir en el mundo "un reino de justicia, de amor y de paz", la Iglesia se constituye como un pueblo, un solo pueblo donde todos caminamos y cada quien tiene su puesto, su misión, y la Iglesia somos todos los que caminamos del pecado a la gracia, de la opresión a la liberación: el Pueblo de Dios.

Todavía nosotros, los católicos venezolanos, no hemos acabado de resolver este problema teológico. Pero, conectado con él, habría un problema muy peculiar de nuestra Iglesia, y de cómo se lo enfoque depende el que entre nosotros se aplique o no el Concilio. Es el problema de la implantación. Este es nuestro problema, el que nos absorbe. Es ocioso plantearnos otro si no está conectado con él. Ya que la necesidad de implantar la Iglesia en todo nuestro territorio y en todos los niveles de nuestra sociedad y cultura nos obliga a concentrarnos en lo esencial. Ahora bien, aquí está precisamente el problema. ¿Lo esencial es multiplicar los centros de servicios religiosos o ir sembrando el país de comunidades evangelizadoras? En teoría no hay ningún dilema; en la práctica, sí. Tal como están establecidos los servicios religiosos en casi todo el país, éstos (y las ocupaciones de representatividad social) acaparan el tiempo de la mayor parte de los curas, sobre todo en el interior, aunque también en parroquias populosas de las grandes ciudades. En estas condiciones no hay tiempo para la evangelización y la constitución de redes de comunidades vivas. La Iglesia seguirá siendo el cura y el cristiano acudirá a ella a "consumir" una necesidad religiosa o social. Esta es la paradoja: como hay muy pocos curas la Iglesia es muy clerical. Pero de este modo de entenderse Iglesia ¿podrán salir vocaciones para los diversos ministerios (clericales y laicales)? Con este esquema ¿llegará a implantarse la Iglesia en Venezuela?

Aquí es donde los "nuevos derroteros" del Concilio pueden sacarnos de este círculo vicioso. A los 20 años del Concilio ésta es "la nueva Reforma" que se nos pide. Este es nuestro reto: Construir una Iglesia como pueblo organizado y en marcha donde todos participen con el testimonio de su vida honrada, creativa y solidaria con los pobres; con la palabra que denuncia y da razón de su esperanza; y con la acción liberadora de todo tipo de opresión. Una Iglesia no centrada en el culto y los servicios religiosos sino en buscar el reino de Dios y su justicia, en procurar "en la pobreza y en la persecución" (LG. 8) la vida del pueblo. Por ese camino, paradójicamente, se revitalizará el culto, los servicios religiosos se volverán canales plenos de significatividad y esperanza,,, y los ministerios ganarán autoridad moral y eficacia evangélica.

EL CONCILIO EN VENEZUELA

Hablamos de reto porque todavía hoy, a los 20 años del Concilio, la figura de la Iglesia venezolana, en su consideración más global y aparente, no ha cambiado de rostro. Pero esto no quiere decir que no se haya avanzado nada por esos "nuevos derroteros". Por el contrario, se ha caminado bastante. De ahí que esta conmemoración, si es motivo para repropoernos con vigor las metas del Concilio, es antes que eso motivo de alegría por el derroche de energía, creatividad y entusiasmo desplegados en estos años. Más aún, lo planteado más arriba, incluso crudamente, lo hacemos basados en los logros y la experiencia adquirida. Nos atrevemos a plantearlo por la confianza que nos da el camino recorrido. Hoy el cristianismo venezolano está sembrándose en nuestro pueblo; podemos hablar de una verdadera misión en marcha. Hoy el cristianismo venezolano dialoga con los "constructores de la sociedad" (Puebla) y colabora decididamente en esa construcción desde "una clara y profética opción preferencial y solidaria por los pobres" (P. 1134). Hoy en el cristianismo venezolano se revitaliza el encuentro con los jóvenes, la catequesis, la vida religiosa, la formación teológica... Todo es en cierto modo incipiente, no consolidado y un tanto disperso. Pero está en marcha. Y sin ánimo de vanagloria sí podemos afirmar que entre las fuerzas más vivas, generosas y responsables del país hay que contar sin duda a estos cristianos (pastores y laicos) que se metieron decididamente por estos "nuevos derroteros" del Concilio concretado y aplicado para América Latina por Medellín (1968) y Puebla (1979).

En éste número presentamos cuatro artículos que recogen: (1) lo que a nuestro parecer constituye el giro del Concilio que consistió en devolver la Iglesia al hombre y al mundo; (2) la meditación de la Iglesia sobre si misma para ponerse a la altura de su misión; (3) las reformas concretas en los ámbitos de la liturgia y del manejo de la Biblia (que ha sido lo más inmediatamente percibido por el pueblo); y (4) el ambiente en que este giro se desarrolla: el de la libertad de los hijos de Dios. Finalmente, por considerarlo de actualidad y porque supone una glosa clarividente y autorizada del Concilio, nos hemos animado a reproducir como documento el discurso de clausura de Pablo VI, que generalmente no está al alcance de la mayoría de los lectores de SIC.